



Revista de teología feminista

SANAR LA COTIDIANIDAD EN TIEMPOS DE PANDEMIA

año 1 • número 1 • mayo 2021





SANAR LA COTIDIANIDAD
EN TIEMPOS DE PANDEMIA
Reflexiones teológicas
feministas en torno
a los cuerpos
y la espiritualidad

año 1 • número 1 • mayo 2021



AnDanzas en la vida cotidiana. Revista de teología feminista.
Año 1, número 1, mayo 2021

Consejo editorial

Karen Castillo Mayagoitia
Karina De La Rosa Morales
María Isabel Huerta Armenta
Rosa Margarita Mayoral Bonilla
Diana Montserrat Ortega Sandoval
Lizy Peralta Mercado
Ana Lilia Salazar Zarco
Dania Alejandra Velázquez Cano

Reserva de derechos e ISSN en trámite.
Licitud de contenidos y título en trámite.

© Cátedra de Teología Feminista
México

Los puntos de vista, opiniones y experiencias compartidas en cada uno de los artículos son responsabilidad de las autoras y no necesariamente representan el punto de vista de las editoras.

Se permite la reproducción total o parcial de los contenidos citando la fuente y a la autora de los mismos.

ÍNDICE

Introducción	5
<i>Lecturas y escrituras feministas.</i> <i>Alianzas y sororidad en tiempos de covid</i> Biviana Unger Parra	9
<i>Mujeres religiosas entre los pueblos indígenas,</i> <i>presencia y aporte</i> Rosa Margarita Mayoral B, CSC	17
<i>Andanzas de Eusofrina</i> Hna. Rosa María Aranda, SM	31
<i>¡No más víctimas!</i> <i>Reflexiones sobre la victimización y el martirio en el</i> <i>contexto pandémico</i> Yareni Monteón	43
<i>Haciéndonos cuerpo de esperanza entre mujeres en</i> <i>pandemia</i> Diana Montserrat Ortega Sandoval, CSC Gaby Ávalos González	57

<i>Las mujeres y la pascua eterna</i> Marieli de los Rios Uriarte	65
<i>El cuerpo femenino en la realidad actual a la luz del cristianismo</i> María Isabel Huerta	73
<i>Entre miedos, angustias y alegría, la vida germina.</i> Karina de la Rosa Morales, IJ	85
<i>Sanar la cotidianidad en tiempos de pandemia</i> Gabriela Isabel Contreras Vicencio, CSC	95
<i>María de Nazaret y el cuidado común de la vida como clave y símbolo de Dios</i> Ana Lilia Salazar Zarco	103

LECTURAS Y ESCRITURAS FEMINISTAS: ALIANZAS Y SORORIDAD EN TIEMPOS DE COVID

Biviana Unger Parra¹

La escritura de las mujeres ha sido históricamente ocultada, robada, velada bajo pseudónimos masculinos, encasillada, deformada y negada. Las grandes escritoras de la Edad Media, pidieron perdón por transgredir el ámbito que les había sido asignado y por atreverse a hablar de Dios, así lo hicieron también nuestras místicas latinoamericanas Sor Juana Inés de la Cruz y la Madre Josefa del Castillo, animadas por sus confesores a poner por escrito sus visiones.

En América Latina, hoy tenemos grandes novelistas, cuentistas, ensayistas, teólogos, académicas y periodistas que ganan premios, salen en revistas y son protagonistas en programas y espacios de opinión e información.

1 Doctora en filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Magistra en filosofía de la Università Ca' Foscari di Venezia, estudiante de maestría en teología en la Pontificia Universidad Javeriana. Docente de historia de la filosofía, filosofía de la naturaleza e historia en la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: bunger@javeriana.edu.co

De géneros literarios considerados propiamente femeninos hemos podido transitar a otros géneros propios del espacio público, por tanto, tiempo bajo el imperio exclusivo de los *Andrés*. Parece que no tenemos de qué quejarnos, pues el camino ha sido lento, pero seguro, podemos ir a la universidad, podemos trabajar en todas las carreras, practicar todos los deportes, e incluso hablar de Dios sin miedo a ser tomadas por locas. Pero realmente ¿podemos? ¿Quiénes podemos? ¿A qué costo? ¿Con cuáles estrategias? ¿Es cierto que efectivamente hemos podido abrir las puertas de esos espacios que se nos han negado históricamente?

Quisiera responder afirmativamente y sin cuestionamientos a estas preguntas, pero no puedo. No sólo somos muy pocas las mujeres que tenemos el tiempo y los recursos para dedicarnos a leer y a escribir, sino que nuestra voz sigue siendo manipulada, tergiversada, sometida a una corrección política que muchas veces desemboca en procesos de autoexclusión o aislamiento.

Muchas lágrimas y amistades nos han costado hablar y escribir en público. Señalamientos, juicios, acusaciones, rechazo y miedo. Si hablamos de una iglesia verdaderamente incluyente, se nos tilda de agitadoras, si escribimos sobre el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos y la urgencia de ese debate para las mujeres creyentes, se nos acusa de asesinas, si opinamos sobre la ordenación femenina, se nos dice que nuestro lugar natural es otro y que se necesitan cautela y discernimiento para hacer movimientos tan drásticos. ¿Con el cambio sobre los ministerios del acolitado y lectorado debería bastarnos! Pero es que las mujeres, tan naturalmente problemáticas, no estamos contentas con nada.

No, no estamos contentas. Pero no lo estamos porque seamos conflictivas, inconformes o excesivamente

sensibles por naturaleza. No estamos contentas porque “no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído”² y hemos visto inequidad, violencia, acoso y explotación, la hemos visto durante siglos y ahora las vemos recrudecer.

La emergencia causada por la pandemia del COVID 19 ha hecho explícitas desigualdades de género en el ámbito laboral y familiar y brechas que algunas mujeres no recordábamos tan profundas. Muchas de las mujeres que tenemos el privilegio de contar con un trabajo estable y bien remunerado habíamos solucionado el cuidado del hogar, delegándolo a terceras, si, a terceras, siempre mujeres. Abuelas, suegras, tías, empleadas, algunas con sueldo, pero sin seguridad social, otras sin sueldo, pero con gratitud, otras con un pago justo y en consonancia con las leyes que en las últimas décadas han velado por formalizar el trabajo doméstico. La pandemia puso sobre la mesa una situación incómoda a la que no todas le habíamos puesto suficiente atención: el cuidado y el trabajo no remunerado sigue siendo una responsabilidad mayoritariamente femenina. Según el informe ONU Mujeres del 2020, en Colombia, las mujeres destinan en promedio 50.6 horas, mientras que los hombres 23.9 horas a este tipo de trabajo. “Las mujeres siguen siendo las más afectadas al asumir desproporcionadamente el cuidado no remunerado, carga que se incrementa ante el cierre de escuelas”³.

Hacernos cargo de la casa, de los hijos, del trabajo. ¿Pero no es lo que siempre hemos hecho las mujeres?

2 Hch 4, 20.

3 ONU Mujeres, *Dimensiones de Género en la crisis del COVID-19 en Colombia: Impactos e implicaciones son diferentes para mujeres y hombre*, 2020, p. 2.

¿No hemos crecido viendo madres que renuncian al tiempo libre, a las prácticas de autocuidado, a su salud emocional por responder en todos los frentes? ¿Cuántas veces hemos juzgado a otras como poco cuidadosas o poco comprometidas? ¿Cuántas veces hemos pensado que ser madres o no serlo determina nuestra vida profesional?

Con estas preguntas y estas angustias nos juntamos en abril del 2020 en un grupo al que llamamos “lecturas feministas”, pues el encierro nos movió a buscar un espacio de reflexión y encuentro. Nuestras primeras lecturas fueron sobre la ‘madre’, esa noción que puede oprimir o liberar, ese concepto que asociamos con vida, amor, dolor, sacrificio, entrega. Luego, como guiadas por el cuerpo, fuimos al trabajo. Leímos sobre el cuidado, sobre el trabajo reproductivo y productivo, sobre capitalismo, comunitarismo, nuevas formas de asociación, superación en la asignación de roles según el género, nuevas alianzas, juntanzas y manifiestos. Volvimos a lo doméstico, al fin y al cabo, estábamos de frente a una realidad que nos obligaba a estar en casa. Pensamos en ese lugar que habitamos, compartimos experiencias, dolores, nos reconectamos con nuestras ancestras, llamamos a nuestras abuelas obreras, madres negras, indígenas y brujas. Empezamos a pensar sobre la necesidad de construir un refugio, un espacio para resistir y crear comunidad.

Habían pasado los meses y habíamos logrado imaginar con María Lugones, Dona Haraway, bell hooks, Antígona, Mariana Enríquez, las mujeres incas, Silvia Federici, Amelia Valcárcel, Linda Nochlin, Miranda Fricker, Ivone Gebara, Carmiña Navia y muchas otras, un mundo diferente. Habíamos tejido redes, nosotras, desde Berlín, Ciudad de México, Bonn, Bogotá, Cali, Chihuahua. Sin darnos cuenta nos habíamos aliado, es una alianza en la que compartimos

saberes, sentimientos, temores, intercambiamos ideas, caminos, nos encontramos y nos alejamos, pero, sobre todo, es una alianza en la que nos sentimos seguras y nos cuidamos. Leímos y escribimos. Desde y para la academia, pero también desde nosotras, sin miedo a dejar en los textos lo que somos, conscientes y sintientes de la necesidad de romper con la imposición, a veces auto infligida de escribir como hombres o de lograr una objetividad estéril para encajar en espacios cerrados. La lectura y la escritura se habían transformado en nuevas herramientas de cuidado con las que sentíamos que podíamos hacer muchas cosas, como pensar y repensar la noción misma de cuidado.

A esa experiencia le siguieron otras y de pronto me sentí envuelta en una ola refrescante y llena de energía, pues no sólo nació y cobró vida la idea de un grupo de lectura sobre escritoras colombianas, sino que experiencias académicas en las que participaba antes de la pandemia, adquirieron un nuevo carácter. El grupo de lectura sobre Etty Hillesum se reveló como un lugar de búsqueda y crecimiento espiritual, como un espacio de confrontación profunda y sincera con nuestra vulnerabilidad. Las palabras de esta joven estudiante judía llegaron para instalarse en lo más profundo de nuestros corazones: “la gente busca el significado de la vida y se pregunta si aún tiene sentido. Pero se trata de un asunto que cada uno debe resolver consigo mismo y con Dios. Y tal vez cada vida tiene su propio significado y se necesita una vida entera para encontrarlo”.

El *Diario* de Etty fue, para muchxs en el grupo, mucho más que una lectura en un espacio académico, para algunxs fue compañía en momentos de desasosiego, soledad e intranquilidad. A otrxs les permitió interrogarse, desnudar su alma, reconocerse en la inmensa riqueza interior de esta

joven inquieta que considera que la escritura es un parto y el arte un engendrar constante. Para mí ha sido todo eso, de la mano de Etty soy la mujer incómoda que se cuestiona su lugar en la sociedad y a veces quisiera salir corriendo y romperlo todo, soy la estudiante y la profesora consagrada que tiende a encerrarlo todo en sistemas inteligibles, pero luego soy mi cuerpo y desde ahí busco ser con otros cuerpos, luchar y transformar.

A estas dos formas de alianza se sumó otra. Con ojos incrédulos vi mis redes sociales desbordarse de eventos en línea: todas las redes de mujeres, en todos los rincones del mundo, haciendo lo mismo que mis amigas y yo, pensando juntas, sintiendo juntas, cantando, hablando y escribiendo. Mujeres filósofas, teólogas, eco feministas, escritoras, lectoras reunidas en eventos que recogían desde las más diversas perspectivas todas las inquietudes que habían explotado en nosotras con la llegada de la pandemia. Ya no era una ola, sino una avalancha imparable. Habíamos conquistado un nuevo espacio, una habitación propia llena de ventanas virtuales.

No tengo estadísticas y de pronto el algoritmo es un genio maligno que me engaña y quiere que yo piense que hay más eventos de mujeres organizados por mujeres, pero las experiencias que he vivido en estos meses le dieron sentido a esa palabra que de un tiempo para acá estaba cada vez más presente en mi vocabulario cotidiano: sororidad. Justamente en uno de esos encuentros tuve el gusto de oír a Marcela Lagarde hablar sobre cómo el patriarcado ha cincelado una relación difícil entre mujeres caracterizada por la competencia, las rivalidades y la idea de que el éxito se alcanza imponiéndose sobre las demás. En contraposición a esto la sororidad se presenta como una práctica política, como un quehacer ético que quiere desmontar los

hábitos patriarcales que han determinado las relaciones humanas. Así, “la sororidad no es el reverso de la fraternidad o su versión femenina. Es algo más. Es la crítica al contrato fraternal que constituye el patriarcado y que establece el derecho político de los varones sobre las mujeres, lo que se traduce en dominación sobre sus cuerpos y sus vidas”⁴. Buscamos nuevos pactos, nuevas formas de alianza y la sororidad nos permite comprendernos como un nosotras que se empeña en desmontar todo aquello que oprime, violenta, discrimina y mantiene las estructuras que justifican la exclusión. Por eso, mi apuesta es una apuesta por una teología sororal y ver la fuerza que muchas redes de trabajo académico, social y pastoral han adquirido en los últimos años, me llena de esperanza. El descontento del que se nos acusa y que aceptamos críticamente nos ha llevado a la acción, de hecho, en el caso de la teología, la inclusión de la mujer no ha sido un camino sencillo y despejado, sin embargo, las teólogas del mundo han resistido y su voz se ha levantado no siempre en espacios eclesiales o académicos, sino allí donde se evidencia la necesidad de “reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos «mutuamente a llevar las cargas» (Ga 6,2)”⁵.

En México y en Colombia tenemos profundas heridas de violencia por sanar, difíciles realidades de las que debemos hacernos cargo desde la sororidad y la fuerza que nos da caminar juntas, escribo estas líneas pensando en Nicole y en Sara Sofía, en las miles de víctimas de feminicidios en nuestros países, en las migrantes abusadas objeto de la violencia policial ante la indolencia e indiferencia de la

4 Isabel Balza, “Sororidad” en Alicia Puleo, *Ser feminista*, p. 241.

5 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 67.

sociedad, en las mujeres trans sometidas a injusticias sociales y epistémicas día tras día, en las mujeres pobres, negras e indígenas, víctimas de múltiples injusticias y violencias estructurales.

El diálogo que hemos construido, la red que hemos tejido es el primer paso para el reconocimiento de una realidad que nos interpela y frente a la que no podemos callar, de esa conciencia debemos partir para lograr la superación de la dicotomía entre pensamiento y acción. Hemos conquistado nuevos espacios, pensado y reinventado nuestras lecturas y escrituras, pero nuestra meta está afuera, nuestro compromiso está en la acción, una acción liberadora y transformadora que nos permita vivir en un mundo donde todxs podamos caminar sin miedo hacia un futuro sostenible y digno de ser vivido.

Bibliografía

Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*: Exhortación Apostólica del Santo Padre Francisco a los obispos, a los Presbíteros y diáconos a las personas consagradas y los fieles laicos: sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, Verbo Divino, 2013.

Puleo, Alicia, (Ed.) *Ser feministas. Pensamiento y acción*, Cátedra, Madrid, 2020.

ONU Mujeres, *Dimensiones de Género en la crisis del COVID-19 en Colombia: Impactos e implicaciones son diferentes para mujeres y hombre*, 2020.